

¿De qué racismo(s) somos contemporáneos en Argentina?

La persistencia del racismo como desafío explicativo para la sociología

What racism(s) are we contemporary in Argentina?

Persistence of racism as a challenge for sociology

Ezequiel Eduardo Ipar

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
ezequielipar@conicet.gov.ar

Diego Martín Giller

Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México.
diegogiller@gmail.com

Recibido: 01-09-2016
Aceptado: 11-10-2016



Resumen

Partiendo de la hipótesis que afirma que en la Modernidad se construye un tipo de racismo universalista, en la primera parte de este trabajo se indagan las manifestaciones concretas de este fenómeno en los casos de Argentina, Bolivia y Francia. Como resultado de una serie de materiales empíricos elaborados en el marco de una investigación más amplia referida a los "Problemas de la democracia argentina", en la segunda parte proponemos algunas hipótesis interpretativas sobre la particularidad del racismo contemporáneo en la Argentina, vinculada a los procesos ideológicos que se desarrollan en los bordes internos de la política, a la estructura subjetiva de un tipo de negación que afirma al racismo y a la lógica cultural del racismo.

Palabras clave: democracia, exclusión, identidad, ideología, otredad.

Abstract

Starting from the hypothesis that established for modernity a universal type of racism, in the first part of this article we study the concrete expressions of this phenomenon in the cases of Argentina, Bolivia and France. As a result of empirical material produced in a longer research concerning the "Problems of Argentinian democracy", in the second part we proposed some interpretative hypothesis about the particularity of contemporary racism in Argentina. We focus on the ideological process emerging in the internal borders of politics, the subjective structure of the denial that affirms racism and the cultural logic of the racism.

Key words: Democracy, Exclusion, Identity, Ideology, Alterity.

Sumario

1. Introducción | 2. Perspectivas teóricas sobre el racismo | 2.1. Sobre el racismo moderno | 2.2. Las marcas históricas de las manifestaciones concretas del racismo: Argentina, Bolivia y Francia | 2.2.1. Argentina y las metáforas del desierto humano | 2.2.2. Bolivia y la representación de la enfermedad en la nación | 2.2.3. Francia y el cosmopolitismo colonial | 2.2.4. Lineamientos conceptuales para pensar el racismo en Argentina | 3. Algunas hipótesis interpretativas del racismo contemporáneo en Argentina | 3.1. El *topos* del racismo: los bordes internos de la política | 3.2. La negación que afirma el racismo | 3.3. El racismo y la distinción social | 3.4. El racismo y la construcción de la autonomía individual | 4. Conclusiones | Referencias bibliográficas

Cómo citar este artículo

Ipar, E.E. y Giller, D.M. (2016): "¿De qué racismo(s) somos contemporáneos en Argentina? La persistencia del racismo como desafío explicativo para la sociología", *methaodos. revista de ciencias sociales*, 4 (2): 258-273. <http://dx.doi.org/10.17502/m.rcs.v4i2.120>

1. Introducción

La cuestión está en saber cómo la mayoría de las exclusiones del pasado se transmite a las del presente.

Etienne Balibar

Sartre (2004) sugería en sus reflexiones sobre el racismo que, de diferentes maneras, todos podemos ser racistas. Con esa idea no sólo apuntaba a la incesante capacidad que han mostrado los hombres para excluir y menospreciar a los otros (a algún Otro) cuando construyen su propia identidad, sino que también pretendía poner a prueba su célebre máxima existencialista: "Cuando decimos que el hombre es responsable de sí mismo, no queremos decir que el hombre es responsable de su estricta individualidad, sino que es responsable de todos los hombres" (Sartre, 1999: 33). Si esta idea es verdadera, en cada mínima práctica o discurso identitario se genera la instancia en la que todos, sutilmente, podemos devenir potencialmente en sujetos racistas. El desafío teórico (y político) que Sartre quiere plantear es claro: en cada uno de los momentos en los que se decide y se pone en juego nuestra propia identidad opera un mecanismo de exclusión del otro que posee significativas "afinidades electivas" con el racismo. Por supuesto que el *dictum* que afirma que "todos podemos ser racistas" implica una exageración teórica; pero esa exageración teórica, ese modo de extremar los conceptos, busca penetrar en las racionalizaciones y las negaciones del problema, para volvernos sensibles al alcance y la intensidad del racismo en las sociedades contemporáneas.

Un modo de asumir ese desafío teórico y, al mismo tiempo, de traducirlo en términos concretos, sería aceptar la hipótesis de que vivimos en un mundo habitado por diferentes formas de la ideología racista (en las que no se trata sólo de la supervivencia de los viejos racismos biologicistas o de la herencia siempre renovada del anti-semitismo) que intervienen directa o indirectamente en la formación de las identidades sociales, políticas y culturales. Esta inscripción del racismo en los procesos de constitución de identidades nos obliga a preguntarnos por su particularidad espacial y temporal. ¿De qué racismo(s) somos contemporáneos, por ejemplo, en la Argentina actual? ¿Cuál es su especificidad y cuáles los dilemas a los que nos enfrenta? ¿Qué lo diferencia, por ejemplo, de las formas que asume la identidad nacional y el racismo en Bolivia o en Francia, por poner dos casos paradigmáticos y diferentes?

2. Perspectivas teóricas sobre el racismo

Por definición, el racismo es un fenómeno multidimensional. La complejidad del problema supone la existencia de diversos acercamientos: desde aquellos que se centran en la cuestión de su génesis histórica (Fernández Retamar, 2005; Grüner, 2010; Todorov, 2009) hasta los que analizan la estructura psicológica de la "economía libidinal" del sujeto racista (Arguedas, 1996; Freud, 2010; Le Bon, 1910), pasando por los enfoques que estudian la función que cumple el racismo en la producción de determinadas estructuras sociales (Wallerstein, 1988). Junto a estas aproximaciones al problema del racismo existen otras indagaciones que articulan las consideraciones históricas, psicológicas, sociológicas y éticas a partir de una lectura "filosófica y política". Pensemos, por ejemplo, en los distintos trabajos de Etienne Balibar (1988a; 1988b; 1988c). Aquí el problema del racismo es interpretado como uno de los nudos gordianos de eso que hace fracasar a la política democrática y es en tanto tal que estimula un análisis histórico, psicológico, sociológico y ético.

Este análisis que parte de un "prisma filosófico-político" no supone, sin embargo, suprimir o simplificar una constelación de fenómenos heterogéneos que suelen aparecer en las investigaciones especializadas y en la opinión pública como fenómenos anacrónicos y elusivos. De hecho, esta lectura del problema nos estimula a atravesar esa interpretación del racismo que lo piensa siempre como una cosa del pasado, esto es, como un problema político "superado". Una interpretación del problema del racismo como la que efectúa Balibar nos obliga a cuestionarnos la pretensión de poseer un conocimiento adecuado y definitivo de lo que significa y lo que puede el racismo, básicamente porque creemos saber todo lo que el racismo ha implicado en nuestra historia. Como veremos, esto es lo que abre y hace posible

esta proyección teórica sobre el fenómeno del racismo: destruye la máscara del anacronismo y recoge una multiplicidad de fenómenos dispersos que se conectan en la actualidad de la ideología racista.

La otra dimensión del problema del racismo que debemos considerar es la “no-contemporaneidad” (Althusser, 1968) de los fenómenos que tenemos que analizar cuando seguimos el rastro de las causas del racismo. Lo que se destaca aquí es la lógica descentrada y “sobredeterminada” de las identificaciones sociales y políticas que se combinan para intervenir en la dinámica que produce a la “comunidad racista” (Balibar, 1988a), así como los diferentes ritmos de los disímiles procesos históricos en los que el racismo ha jugado un papel fundamental.

Bajo esta doble sugerencia metodológica, que nos obliga a articular materiales en apariencia dispersos y nos exige no simplificar esta problemática reduciéndola a una única temporalidad o a una única forma de racismo, podemos preguntarnos ahora: ¿de qué racismo(s) somos contemporáneos hoy en Argentina? Para formular una tentativa de respuesta, entonces, debemos comenzar poniendo en relación a los diversos fenómenos observables de racismo en Argentina con las tramas históricas de las que dependen, sabiendo que estos entramados históricos del racismo se despliegan tanto a nivel local como global.

2.1. Sobre el racismo moderno

Al retomar el estudio de los diferentes modos que asume el racismo contemporáneo en términos genealógicos aparecen algunas huellas del fenómeno que son rápidamente identificables con un momento histórico particular. En *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y esclavitud*, Eduardo Grüner (2010) sostiene que con la conquista de América se inaugura una nueva etapa en la historia de la humanidad con la que nace una nueva forma de racismo que es distinguible de otras manifestaciones precedentes de este problema: el racismo moderno.

En primer lugar, el racismo propiamente moderno refiere a la interpenetración de dos tipos de actitudes que, sólo a primera vista, aparecen divorciadas: por un lado, “un tipo de comportamiento” basado en una actitud de odio, menosprecio y desdén sobre personas que tienen características físicas bien definidas y diferentes a las “nuestras”; por otro lado, “una doctrina sobre las razas humanas”, o aquello que Tzvetan Todorov (2009) llamó “racialismo”. Según Todorov, el racialismo se puede presentar como una doctrina que posee un conjunto coherente de proposiciones: 1) el postulado de la existencia de las “razas”, 2) la afirmación de una continuidad entre lo físico y lo moral, esto es, el establecimiento de una relación causal entre ellos: las diferencias físicas determinan las diferencias morales, 3) la idea de que el comportamiento de los individuos depende en gran medida del grupo racial al que pertenecen, 4) la creencia en una jerarquía única de valores, en la cual encontramos razas superiores e inferiores, y 5) la justificación del sometimiento de las razas inferiores por las superiores a partir de un saber acumulado en materia de razas.

En segundo lugar, el racismo moderno nace de la articulación entre esta concepción de las razas y las relaciones de clase capitalistas. Tal como sugirió Aníbal Quijano (2005), en la modernidad capitalista convergen dos procesos históricos: la idea de raza y la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo (esclavitud, servidumbre, pequeña producción mercantil, etc.) alrededor del capital y del mercado mundial. Balibar (1988b) ya había defendido la hipótesis de que la articulación entre raza y clase, expresada en una creciente racialización de las relaciones de clase, sólo fue posible a partir de una escisión violenta y conflictiva en las relaciones sociales creadas por el capitalismo. En una línea similar, Immanuel Wallerstein (1988) encontró en esa convergencia la especificidad del racismo moderno. Bajo el capitalismo, dirá Wallerstein, ya no es posible expulsar del seno de la comunidad a todo aquel que pueda ser considerado como radicalmente *otro*, como sí sucedía en los sistemas históricos previos, en los cuales se podía practicar la exclusión en nombre de una pretendida “pureza” étnica o nacional. La pérdida de la fuente generadora de valor, esto es, la fuerza de trabajo en el capitalismo, entra en contradicción con las bases de un sistema que se funda en la incesante acumulación de capital:

Si se quiere obtener el máximo de acumulación de capital es preciso reducir al mínimo simultáneamente los costes de producción (y por ende los costes que genera la fuerza de trabajo) y los derivados de los problemas políticos, y por tanto reducir al mínimo simultáneamente –y no eliminar, ya que es imposible– las reivindicaciones de la fuerza de trabajo (Wallerstein, 1988: 56).

Según Wallerstein, durante la consolidación histórica del capitalismo a nivel global, el racismo se constituyó en la "fórmula mágica" que permitía reducir, en un mismo movimiento, el valor de la fuerza de trabajo y las reivindicaciones de la clase trabajadora. Esta "magia" señala en realidad a la operación ideológica que consiste en ocultar el carácter de clase de la mayoría de las relaciones de subordinación racista de la modernidad. En la génesis del racismo propiamente moderno no encontramos un "racismo exclusivo" absoluto, en el sentido de la práctica del exterminio, la eliminación física o la expulsión de comunidades enteras "racializadas", sino de un "racismo inclusivo" que reasegura formas de subordinación y explotación de clase (Balibar, 1988c). Así, clase y raza constituyen los dos polos de una dialéctica permanente que quedará asentada en el núcleo de las representaciones modernas que intentan darle sentido y legitimar la división social del trabajo. La compleja historia de estas representaciones terminará conformando un "racismo" de clase, cuyo propósito es marcar con signos genéricos diferenciadores a poblaciones destinadas colectivamente a cumplir un rol diferencial dentro de la división del trabajo que permite la reproducción capitalista –o su confinamiento temporario en tanto ejército de reserva–.

Por lo tanto, para describir al racismo moderno debemos dar cuenta de la compleja y ambigua conjunción histórica entre: 1) el devenir de las "actitudes de odio", culturalmente institucionalizadas, hacia los grupos étnicamente diferentes; 2) la formación y legitimación en tanto "saberes científicos" de la doctrina de las razas; y, 3) la subordinación histórica de todas las formas de división social del trabajo a partir de los requisitos sistémicos de la reproducción de la explotación capitalista, expresadas en el doble movimiento de asimilación y exclusión de la "otredad" en la constitución simbólica de la fuerza de trabajo.

2.2. Las marcas históricas de las manifestaciones concretas del racismo: Argentina, Bolivia y Francia

Hasta aquí hemos reconstruido una definición general del racismo moderno. Para poder utilizar este concepto debemos trascender este nivel de abstracción, observando cómo se despliegan el del racismo moderno en casos que, por su significativa diferencia, podríamos llamar paradigmáticos. Con ello no queremos poner en cuestión la posibilidad de trabajar con un método general que sirva para conocer a las diferentes sociedades, sino que lo que pretendemos es ponerlo a prueba enfrentándolo con una especificidad histórica, política y cultural.

Si lo que nos interesa es interrogarnos por las formas del racismo en Argentina a comienzos del siglo XXI, debemos indagar la relación que existe entre: 1) la forma actual de construcción de las representaciones de la identidad nacional y las identidades sociales que se basan en disposiciones subjetivas de odio y menosprecio hacia un otro racializado; 2) la forma en que se difundieron y se reinterpretaron los saberes sobre las razas; y 3) las determinaciones históricas de la incorporación de la Argentina a las relaciones de producción capitalistas que inciden en la configuración del racismo contemporáneo. Para materializar el análisis de esta articulación, nos resultará útil comparar la configuración de estas tres condiciones en otros dos países. Por diferentes razones que luego desarrollaremos, vamos a comparar el caso argentino con dos países que resultan muy cercanos y complementarios en términos heurísticos, como lo son Bolivia y Francia. Dicho rápidamente: nuestra hipótesis sostiene que los casos de Bolivia y Francia, tomados como "tipos ideales", pueden servir para mostrar algunas de las determinaciones contrapuestas que se articulan en el racismo argentino. Vayamos por parte para reconstruir esquemáticamente estas marcas históricas de cada una de estas formas concretas de racismo moderno.

2.2.1. Argentina y las metáforas del desierto humano

La llamada "Campaña al Desierto" (o "Guerra contra el indio") de 1879 puede ser considerada, simultáneamente, como el momento de fundación de una identidad nacional y como la consolidación definitiva de la incorporación del país al mercado mundial capitalista (Frigerio, 2006, 2009). En torno a ese gran acontecimiento "civilizatorio", promocionado por diferentes corrientes político-ideológicas de la época como lucha contra la ociosidad y la inutilidad en la explotación de las tierras fértiles del sur por parte de las diferentes tribus indígenas que las habitaban, se materializó el programa modernizador que

reúne en la historia del país a las figuras de Sarmiento y Roca. Este programa, que le ofrecía garantías de paz social y seguridad jurídica a las nuevas empresas capitalistas destinadas a la producción agrícola y ganadera, se afianzó culturalmente gracias al mito que dibujaba a los argentinos como “blancos y europeos”. En términos económicos, aquel aciago ejercicio de exterminio de la otredad radical personificada en el sujeto indígena fue posible por la oleada inmigratoria que venía a posibilitar su sustitución como fuerza de trabajo potencial y la constitución de una “nación blanca para el desierto argentino”. La “comunidad imaginada” argentina lleva la marca indeleble de este racismo de exclusión.

Pero con la incorporación a gran escala de la Argentina al mercado mundial a fines del siglo XIX y luego con la aparición política del peronismo en la década de los años 40, se produce un desplazamiento del sujeto racializado, actualizando esta problemática a través de un nuevo racismo inclusivo: el “cabecita negra” como representante de esa “animalidad” que debe ser suprimida de la constitución del buen orden político (Frigerio, 2006, 2009), pero que no puede ser excluido de la dinámica de reproducción de la fuerza de trabajo. Luego del exterminio de la gran mayoría de los indígenas “incivilizados”, el objeto del racismo pasará a ser el migrante que viene desde los límites de la pobreza. Con el tiempo, ese lugar lo ocuparan de diferentes modos migrantes de los países limítrofes y los habitantes de las provincias del norte (pobre), quienes para la representación racista se transforman en poblaciones que cruzan las fronteras políticas para amenazar las fronteras culturales de la argentinidad blanca y europea imaginada por las clases dominantes.

2.2.2. Bolivia y la representación de la enfermedad en la nación

A diferencia del caso argentino, las clases dominantes bolivianas no pudieron ejercer en ningún grado significativo un racismo de “exclusión” en el momento constitutivo de su identidad nacional. Allí, la oleada inmigratoria que iría a reemplazar al “elemento” indio nunca llegó en las proporciones esperadas. Según la intelectualidad hegemónica de principios de siglo XX –estamos pensando, sobre todo, en la figura de Alcides Arguedas (1996)–, la condición insular derivada de la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1884) implicó el aislamiento y la imposibilidad de renovar el “elemento étnico” que iría a cambiar la composición social a través del mestizaje. Esto significó tener que convivir con ese “otro” radical personificado en el sujeto indígena, que era concebido como el problema que obturaba el desarrollo de la República (Arguedas, 1996).

El resultado de esta representación de las diferencias culturales fue la fallida construcción de una identidad nacional, que finalmente se materializará “sobre” los hombros de los indios, “contra” los indios y “a pesar” de los indios. En los términos que estamos utilizando en este trabajo, se trató desde un principio de un racismo de “inclusión”, pero de un tipo de inclusión cultural, política y económica muy particular. Si en el caso argentino el problema de la “otredad” provenía de las fronteras imaginadas de la nación, en Bolivia la otredad se transforma en “enfermedad del pueblo”, en un “mal” incrustado en el corazón del territorio. Una de las singularidades que presenta el racismo boliviano es que su objeto no es una minoría étnica, sino una mayoría cultural e histórica que fue etnicizada en un sentido racista desde el comienzo para legitimar una forma de dominación política y económica.

Si pensamos en la historia reciente del país andino-amazónico, desde la llamada “guerra del agua” del año 2000 a la actualidad, podemos corroborar la presencia de estas marcas particulares –culturales y políticas– del racismo en Bolivia (Giller, 2014). Luego de cinco años de luchas políticas, las elecciones presidenciales de 2005 se presentaron para el sujeto indígena como una oportunidad única de torcer su histórica negación como sujeto político. Como nunca antes, la sociedad se dividió en dos sectores con posibilidades hegemónicas: de un lado, los sectores empresariales y terratenientes, las oligarquías locales, ciertos estratos de la burguesía intermedia, y algunos sectores de la Iglesia¹, nucleados alrededor de la llamada “Media Luna” (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija), cuya representación política fue el Poder Democrático Social (PODEMOS); del otro, las fuerzas insurgentes, plebeyas y populares, reunidas en torno del Movimiento al Socialismo (MAS). Si bien el candidato del MAS, Evo Morales, ganó las elecciones con casi el 54% de los votos (transformándose de ese modo en el primer presidente indígena de la historia de Bolivia), la fuerza política PODEMOS, que expresaba a las históricas clases dominantes, productoras y

¹ Habría que agregar a esta coalición tanto a las empresas transnacionales, como a los organismos multilaterales: Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM) y Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

reproductoras en términos ideológicos del darwinismo social² (Zavaleta, 2013), logró sin embargo atraer el apoyo político del 29% del electorado. Ese porcentaje crece si consideramos el 8% que consiguió el también derechista Frente de Unidad Nacional (UN) del empresario Samuel Doria Medina. Es decir, un 37% del electorado optó por opciones políticas que en esa coyuntura se vinculaban al discurso político e ideológico del racismo boliviano. Con el triunfo de Morales, las manifestaciones racistas no sólo no dejaron de aparecer, sino que se exacerbaron, siendo la Asamblea Constituyente (2006-2009) el momento de mayor explicitación de esta problemática. Allí, el racismo actuó como elemento obturador del proceso democrático que pretendía redactar una nueva Constitución Política del Estado. Las prácticas racistas aparecían tanto explícita³ como sutilmente⁴, reproduciendo la ideología del darwinismo social. La promulgación de la nueva Constitución en 2009 no hizo desaparecer este problema, pero al menos logró visibilizarlo e intentó –e intenta aún hoy– combatirlo. Prueba de ello es la Ley 045 “Contra el racismo y toda forma de discriminación”.

2.2.3. Francia y el cosmopolitismo colonial

En el caso francés el objeto de la “otredad” racista no está personificado en un sujeto exterior que cruza las fronteras (imaginarias), ni en un sujeto “interior” irremplazable y “enfermo”, sino que asume la forma del inmigrante que proviene de las antiguas colonias. El proceso irresuelto de descolonización supone que el objeto de la diferencia sea al mismo tiempo exterior e interior. Es exterior, porque proviene radicalmente del lado de afuera de las fronteras y la cultura nacional cosmopolita. Pero es también interior, porque ese lado de afuera es ilusorio, en tanto está constituido por “sus propias” colonias. En tal sentido, la exteriorización de lo interior proyecta la presencia de las formas coloniales en tiempos de “descolonización”, mostrando como las exclusiones del pasado se transmiten a las del presente. El problema del racismo francés tiene la singularidad de que se basa menos en una herencia biológica que en una herencia cultural, constituyéndose esencialmente en un “racismo sin razas” (Balibar, 1988b).

Para pensar la actualidad del caso francés resulta ilustrativa la estrategia que ha llevado a cabo el Frente Nacional para politizar esta herencia y estas marcas del colonialismo, tratando a la cuestión migratoria en términos profundamente racializados. Luego de la crisis del proyecto colonial, la intervención política de esta “nueva derecha” fue muy eficaz al momento de prometer un restablecimiento de la comunidad perdida, en un contexto en el que la fragilización lenta del Estado de Bienestar iba produciendo nuevas formas de marginación y de inseguridad social. El “argumento racial” se anudaba así con el miedo a la “inmigración descontrolada”, perfilando una sólida identidad política que hace de la preservación de una imaginaria pureza racial la condición necesaria para atravesar la contingencia de una economía globalizada. Desde 1984, el apoyo electoral al Frente Nacional prácticamente nunca ha descendido del 10% del total, alcanzando en los últimos años sus mejores resultados. En las últimas

² Como señala Zavaleta (2013), los orígenes del darwinismo social se remontan a la Guerra del Pacífico (1879-1884), pero es sólo después de la Revolución Federal de 1899 cuando se convierte en ideología general de las clases dominantes.

³ El siguiente pasaje de una entrevista realizada para una tesis de maestría resulta elocuente: “El racismo se ha expresado en todo el proceso constituyente, en toda la Asamblea Constituyente: desde que hemos llegado nuestras compañeras no encontraban casa donde vivir. ¿Por qué? porque eran de pollera. Por ejemplo, mi esposo viajó una vez y no le quisieron ni vender una chamarra porque era moreno (...) no podíamos pasar por la plaza, nuestras compañeras de pollera. Un día yo estaba con ellas queriendo tomar un taxi y del taxi les gritan «cholas de mierda», «putas», les empiezan a insultar y yo les digo: «chicas ¿qué pasa, compañeras?», y me dicen: «estamos acostumbradas». Fue tan fuerte que hubo compañeras de pollera que tenían que ponerse vestido para que no las agredan (...) nuestra hermana habla pues en quechua y no falta de la oposición, que estaba justo al otro lado de la vereda, y empieza a reclamar y dice: «para venir aquí primero tienes que volver a la escuela, india de mierda»” (Giller, 2014: 144-145).

⁴ Este fragmento expone esas formas sutiles de manifestación del racismo: “Con Félix Cárdenas almorzábamos en el Hotel Plaza, un hotel del centro de la Ciudad, y permanentemente un almuerzo costaba 12,5 [pesos bolivianos], así que nos llevábamos en tropa mujeres de pollera, indios con abarca, nosotros entrando, y al frente sentados los Carlos Alarcón, Carlos Alberto Goitia, la derecha. Claro, ellos vivían dentro del hotel, tenían sus cuartos dentro del hotel, nosotros íbamos a almorzar nomás ahí. Nos dábamos cuenta que estuvimos agrediendo su espacio de poder, almorzábamos donde ellos no querían que almorcemos. Así que, de la noche a la mañana, un fin de semana, partimos viernes, volvemos lunes, y el almuerzo costaba 25 [pesos bolivianos]” (Giller, 2014: 145).

elecciones para el parlamento europeo, celebradas en 2014, esta fuerza política de extrema derecha ha conseguido transformarse en el partido más votado en toda Francia, con el 26% de los votos totales.

2.2.4. Lineamientos conceptuales para pensar el racismo en Argentina

Ahora bien, los casos de Bolivia y Francia no aparecen en la realidad social argentina de modo antojadizo o arbitrario. Ambos se articulan en los pliegues de lo que podríamos llamar la "ideología racista argentina". Para esta ideología, por un lado, los argentinos somos "blancos", "modernos" y "europeos". Por ello, con los franceses pretendemos igualarnos en términos culturales, a través de un constante ejercicio de relación (ilusoriamente) especular. Así, al racializar a un sujeto "otro" –pongamos por caso al migrante boliviano– lo que se pretende imaginariamente es expulsarlo del seno de la nación e integrarlo a la economía en una posición subordinada. Cuando el racismo argentino busca equipararse con el racismo "estilo francés" pretende algo imposible para la Argentina, pero que persevera como fantasía ideológica distintiva: integrar a los otros racializados a un proceso económico dominado por el Estado central, pero haciendo que esas poblaciones permanezcan fuera de las fronteras espaciales del país culturalmente legítimo. Este programa, que sólo hacía posible el colonialismo histórico, se reproduce deformado en las actitudes racistas de los argentinos en los dos sentidos que componen su acepción moderna: el sometimiento de las otras identidades étnicas al peor menosprecio cultural y su sobre-explotación como fuerza de trabajo. Pero, al mismo tiempo, el racismo contemporáneo en Argentina también utiliza mecanismos culturales, implica formas psicológicas y recurre a narraciones históricas que lo aproximan al tipo de racismo inclusivo que sigue existiendo aún en Bolivia. En el siguiente apartado vamos a analizar el material empírico de nuestra investigación que anticipamos anteriormente valiéndonos del análisis conceptual y del trabajo histórico comparativo que realizamos hasta aquí.

3. Algunas hipótesis interpretativas del racismo contemporáneo en Argentina

Como es sabido, las mediciones empíricas que intentan dar cuenta de las representaciones y disposiciones subjetivas de odio y menosprecio hacia un otro racializado, enfrentan graves desafíos metodológicos. Uno de los principales problemas que tienen que superar estos relevamientos de los posicionamientos ideológicos, es que se trata de disposiciones subjetivas que pueden producir un rechazo moral generalizado o inclusive enfrentar sanciones legales, por lo cual los cuestionarios quedan afectados por lo que se conoce como "sesgo de la deseabilidad social" (Cea D'Ancona, 2009). Analizando los problemas metodológicos que deben enfrentar todas las mediciones sobre racismo, Cea D'Ancona sostiene que

la expresión común «Yo no soy racista, pero...» revela hasta qué punto está interiorizada la indeseabilidad social de cualquier manifestación de racismo o xenofobia, ya en el plano afectivo de los prejuicios, ya en el cognitivo de los estereotipos, o en el más conductual de las formas de discriminación. Todo ello traba que su medición se haga de manera precisa. Si es mediante encuesta, incide en la aparición de errores de medición, que afectan a la veracidad de las respuestas, y de errores de no observación, que repercuten en la representatividad de las personas que acaban respondiendo a las preguntas del cuestionario (2009: 21).

Junto con los problemas que introduce el sesgo de la indeseabilidad social al momento del relevamiento, aparece también la dificultad para compilar fuentes estadísticas secundarias, ya que en la mayoría de los casos contamos con información sobre las víctimas de la discriminación racial (índices de victimización, informes de denuncias, etc.), pero muy pocos estudios que pongan el foco en el otro extremo de esta relación, esto es, en la extensión y la estructura interna de los discursos y las actitudes racistas.

De algún modo ambos problemas metodológicos están relacionados. Lo que se explicita en ambos es la dificultad para abordar directamente a través de encuestas o entrevistas un conjunto de creencias y disposiciones subjetivas que funcionan por lo general sumergidas o denegadas. Sabiendo que todos los análisis van a sufrir esta debilidad metodológica, resultan interesantes las sugerencias de Cea D'Ancona. Lo que ella propone es adoptar una aproximación indirecta, que se acerque a esas creencias y disposiciones a

través de fenómenos comprobablemente asociados a la disposición racista como pueden ser la xenofobia, la discriminación en la participación política, la voluntad de excluir a determinados grupos de los sistemas de protección social, etc. Para estudiar la actualidad del racismo en la Argentina seguimos en el diseño de nuestra investigación un abordaje similar al que propone Cea D’Ancona. Lo que vamos a analizar en esta oportunidad es el material de nuestro relevamiento de campo realizado en el período 2013-2015, utilizando como fuente secundaria un valioso estudio del Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo (INADI).

Para entender en términos cuantitativos el alcance y la relevancia del problema del racismo en Argentina podemos confrontar los datos de nuestra encuesta realizada en la Ciudad de Buenos Aires (sobre “disposiciones” racistas) con el relevamiento nacional efectuado por el INADI también en el año 2013 y publicado en el 2015 (sobre “experiencias y percepciones” de la discriminación en sus diversas formas). La primera afinidad de ambos relevamientos la observamos en la fuerte asociación que existe entre la matriz discriminatoria de nuestro país y las situaciones de la desigualdad social, que cumplen un papel determinante en las prácticas discriminatorias. Este proceso pone en evidencia una “forma de racismo que tiende a permea todas las figuras de la identidad/alteridad y, como consecuencia, se presenta como el articulador ideológico de buena parte de los fenómenos discriminatorios –de su legitimación y “justificación” discursiva– ya sean portadores de viejos modos de clasificación racista (anclados en diferencias nacionales, culturales y caracteres físicos) o de lógicas emergentes de normalidad vinculadas a paradigmas estéticos hegemónicos”.⁵

Cuadro 1. Tipos de discriminación sufrida o presenciada (según región). Porcentaje de respuestas.

Región	NOA	NEA	Pampeana	Patagonia	Cuyo	AMBA
Tipos de discriminación	Nivel socio-económico (25%)	Nivel socio-económico (23%)	Nivel socio-económico (22%)	Nivel socio-económico (20%)	Nivel socio-económico (16%)	Por ser migrante (27%)
	Color de Piel (12%)	Aspecto físico (15%)	Aspecto físico (14%)	Por ser migrante (15%)	Aspecto físico (15%)	Color de Piel (15%)
	Aspecto físico (12%)	Color de Piel (12%)	Por ser migrante (13%)	Aspecto físico (14%)	Por ser migrante (15%)	Nivel socio-económico (11%)
	Por ser migrante (9%)	Discapacidad (10%)	Color de Piel (12%)	Obesidad (9%)	Color de Piel (12%)	Aspecto físico (10%)
	Obesidad (7%)	Obesidad (10%)	Obesidad (9%)	Color de Piel (9%)	Obesidad (11%)	Obesidad (8%)
	Discapacidad (7%)	Por ser migrante (6%)	Discapacidad (8%)	Discapacidad (6%)	Discapacidad (7%)	Discapacidad (8%)
	Otros (28%)	Otros (24%)	Otros (22%)	Otros (27%)	Otros (24%)	Otros (21%)
	Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Base INADI 2013 –Encuestada/os que dicen haber sufrido y/o presenciado discriminación.⁶

En el Cuadro 1 mostramos las principales causas de discriminación sufrida y/o presenciada que fueron recogidas en la encuesta nacional del INADI, con un desagregado significativo a nivel regional. Como puede verse, la experiencia de formas de discriminación compatibles con una disposición racista es muy significativa en todo el país. Sólo con sumar las categorías “por ser migrante” y “por el color de la piel” obtenemos el primer lugar en prácticamente todas las regiones del país. El aspecto físico, que es una categoría que también aparece referida, podría tener también una asociación con discriminaciones racializadas, completando de este modo el panorama general. Si consideramos que el 65% de los

⁵ Cfr. INADI, *Mapa de la discriminación*, 2015, pág. 28. [01-08-2016]. Disponible en web: <http://www.inadi.gob.ar/mapa-discriminacion/documentos/mapa-de-la-discriminacion-segunda-edicion.pdf>

⁶ INADI, *Mapa de la discriminación*, 2015, pág. 68.

entrevistados experimentó (sufrió y presenció, sólo sufrió o sólo presenció) alguna situación discriminatoria que reproduce luego en la entrevista, los valores del cuadro 1 se vuelven todavía más significativos. Mediante esta indagación de la extensión de la disposición racista latente encontramos valores del 42% para la zona metropolitana de Buenos Aires (AMBA), del 27% para la zona de Cuyo, 25% para la zona Pampeana, 24% para la Patagonia, 21% para el Nor-oeste (NOA) y 18% para el Nor-este (NEA).⁷

Evidentemente, el trabajo del INADI muestra no sólo la extensión de experiencias de discriminación racistas, sino también la circulación de discursos, creencias y actitudes que son los que motivan a esos comportamientos discriminatorios padecidos. Al confrontar este amplio estudio cuantitativo con nuestra encuesta realizada en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, surgen algunas evidencias complementarias: 1) tal como puede observarse en el Cuadro 2, la circulación de discursos y disposiciones racistas latentes⁸ también en nuestro trabajo es la más extendida de las distintas formas de disposiciones discriminatorias que pudimos relevar (racismo, clasismo, fobia-LGTB); 2) si bien en el “mapa de la discriminación” los motivos económicos del padecimiento de discriminaciones y los motivos raciales/xenofóbicos se ubican en distintas posiciones según la región, es evidente que ambos son los principales motivos de discriminación en todo el país y que en la zona metropolitana, tal como obtuvimos en nuestra encuesta, los motivos raciales son más importantes que los económicos (que nosotros denominamos clasismo); 3) como nuestro estudio mide la eficacia de los discursos ideológicos al nivel de las creencias y las disposiciones subjetivas, podemos observar, al analizar junto con la extensión los grados de esas disposiciones, que el racismo no sólo es la disposición discriminadora más intensa, sino que posee también la categoría que muestra la menor “resistencia” a esa ideología, ya que dentro de los puntuadores “muy bajos” de la escala el racismo también tiene el porcentaje más bajo (24, 4% de posiciones que podemos considerar como anti-racistas, contra 28, 3% de posiciones anti-clacistas o 45, 2% de posiciones nítidamente contrarias a la Fobia-LGBT).

Cuadro 2. Intensidad y sentido de los modos de discriminación.

Modos de discriminación	Intensidad y sentido de los modos de discriminación				
	Muy Alta	Alta	Baja	Muy Baja	Total
Fobia-LGTB	5.6%	32.8%	16.4%	45.2%	100%
Clasismo	27.2%	23.2%	21.3%	28.3%	100%
Racismo	45.5%	18.1%	11.9%	24.4%	100%

Fuente: Problemas de la democracia en Argentina (CONICET/ANPCyT), 2013. Área de cobertura: Ciudad de Buenos Aires. Población: mayor de 29 años⁹. Considerando un nivel de confianza de 95% el error de estimación para proporciones a nivel muestral total es de +/-3.7%.

Luego de ofrecer este panorama general de la situación de las disposiciones subjetivas de odio y menosprecio hacia un otro racializado, vamos a analizar algunos rasgos de la estructura interna de este racismo contemporáneo recurriendo principalmente al material de los *Focus Group* de nuestra investigación empírica.

⁷ Cfr. INADI, *Mapa de la discriminación*, 2015, pág. 62. La muestra del Mapa de la Discriminación tiene un tamaño total de 14.800 casos, lo que arroja un margen de error del 0,8% y un 95% de confiabilidad para el total nacional y regional.

⁸ En nuestra encuesta incorporamos 3 preguntas para medir el racismo latente: “Las prácticas comerciales de los chinos son muy sospechosas. Por cuestiones de salubridad habría que hacerles más controles que a los argentinos”; “si las colectividades de inmigrantes van a vender sus productos típicos, deberían hacerlo fuera de la vía pública y en lugares especiales”; “los extranjeros establecidos en el país deberían poder votar en las elecciones presidenciales”. Estas preguntas (escala Likert) nos permitieron construir un índice de disposiciones racistas latentes. Para un análisis detallado de la metodología de esta variable, así como de las variables clasismo y fobia-LGTB consultar: Ipar y Catanzaro (2016: 53-70).

⁹ La determinación de la edad mínima fue establecida para respetar las pautas metodológicas de un módulo de la encuesta que tenía por objetivo analizar los procesos de movilidad social de los entrevistados. Según este requisito metodológico, los entrevistados tienen que contar con una probabilidad cierta de haber tenido un empleo anterior al actual, lo que no habríamos cumplido si hubiéramos tomado el corte clásico de mayores de 18 años. De todos modos, teniendo en cuenta la información secundaria disponible, creemos que esta restricción no ha introducido un sesgo significativo en la muestra para el módulo de preguntas ideológicas.

3.1. El *topos* del racismo: los bordes internos de la política

En contraste con lo que sucede hoy en Bolivia y en Francia, en Argentina no existe un tipo de politización abierta y eficaz del discurso explícitamente racista. Ahora bien, al referimos al caso argentino en estos términos lo que queremos decir es que no existen partidos políticos que aspiren con éxito a reunir al menos a un cuarto del electorado a partir de llamados que no disimulan la estructura ideológica y el contenido racista de su propuesta política (como sucede abiertamente en Francia o Bolivia). Sin embargo, si el racismo explícito –si podemos llamarlo de esa manera– no concita adhesiones electorales (al menos no todavía) o no aparece como una buena estrategia política, no podemos negar que existe una fuerte inscripción del racismo y del discurso racista que se expresa en una variada capilaridad de prácticas y violencias más o menos brutales en lo que podríamos llamar los “bordes de la política” argentina. Se trata, por ahora, de demarcaciones de víctimas de las fuerzas represivas del Estado, proyectos legislativos que buscan punir específicamente los “crímenes de los inmigrantes”, selecciones aparentemente casuales de la furia repentina de un público ocasional, indiferencias cotidianas institucionalizadas y jerarquías apenas secretas de las instituciones del Estado que siempre distribuyen de la misma manera el lugar de aquellos cuya identidad exige ser vigilada, evaluada y racializada, y aquellos que se convierten por ese medio en vigilantes y custodios de una identidad nacional imaginaria. Esta inscripción del racismo en los bordes de la política es cada vez más fuerte y se expresa en distintos acontecimientos súbitos o prácticas latentes de la mayoría de las orientaciones políticas.

Podemos concretizar esta determinación de la estructura del racismo contemporáneo a partir del testimonio de un participante de nuestros grupos focales. Al calor de una discusión sobre las falencias de la democracia argentina contemporánea, un miembro del grupo describió su situación personal a partir de una extraña relación entre el mundo laboral, la política y los grupos étnicos:

Nosotros somos argentinos, tenemos todo en regla, todo lo que alquilamos o tenemos aporta impuestos y no tenemos derecho a nada. Yo actualmente estoy desocupado y hasta un chino me niega un empleo. Como tengo un amigo chino, fui a hablar con él y le pregunté por qué los chinos no me toman a mí y me respondió “porque vos sos blanco y tenés todo para ser contratado en blanco”¹⁰. Nosotros tomamos bolivianos, paraguayos, peruanos. Y esto no es discriminación eh, pero seguramente de este modo tenemos una buena excusa para responder si nos vienen a preguntar por qué no tomamos a nuestros empleados en blanco”. Entonces yo no me siento ni siquiera en democracia, ni en paz, ni en libertad para poder salir a la puerta con dignidad.

Notemos que en este fragmento de un discurso ideológico que manifiesta una disposición racista latente la identificación del “nosotros argentinos” se elabora en forma simultánea con la exclusión de los otros, en este caso, “bolivianos, paraguayos y peruanos”. Se trata de una exclusión que es, al mismo tiempo, étnica y nacional, que tiene una tonalidad afectiva racializante. Motivado por el descontento con su situación laboral y con la precariedad económica en la que se encuentra, el enunciador de este discurso utiliza como catalizador del odio social a la precariedad de las identidades culturales de los grupos étnicos y nacionales considerados “ilegítimos”. Al combinar la ilegitimidad en la que son obligados a vivir, con la ilegalidad de su modo de participar en la producción de la sociedad (el razonamiento que está detrás de esta posición es muy simple: como “entre nosotros” su identidad cultural es ilegítima, aceptan trabajos ilegales), este discurso racializa el conflicto social y encuentra una motivación política que es ambigua en cuanto al contenido, simplificadora de la complejidad social y totalizadora con respecto a las identidades y las jerarquías que importan.

Pero lo curioso y específico de este discurso es el modo en el que traza, junto con la exclusión, un límite de la democracia que todavía no se identifica con ningún partido o posición política particular. El descontento político es con la democracia actual en su conjunto y en tanto tal. Se trata de un descontento político impreciso si se piensa en la trama de las identificaciones partidarias o político-ideológicas, pero que tiene un elemento nodal en la repulsión hacia aquellos que, porque aparecen frágiles en su identidad

¹⁰ En Argentina es muy común referirse al empleo registrado como “empleo en blanco” y al empleo ilegal, que no paga contribuciones sociales y no cumple con la legislación vigente, como “empleo en negro”. Esta costumbre, que no deja de estar asociada con prejuicios racistas apenas inconscientes, suele duplicar el estigma negativo del que queda situado “fuera de la ley” con la representación negativa del que está “fuera de la comunidad racial legítima” y viceversa, hace del otro racializado, con mayor énfasis y alcance, alguien que por definición queda puesto fuera de la ley.

cultural, fragilizan la inscripción de los derechos y las formas políticas de los ciudadanos legítimos. Lo que vuelve intolerable a la democracia actual, lo que no permite “salir a la calle con dignidad” a un argentino “como cualquier otro”, es que existan otros lo suficientemente ilegítimos por su identidad étnica como para aceptar situaciones lo suficientemente ilegales que terminan perjudicando la posibilidad de una contratación libre y legal de los empleados. Este racismo latente construye esta trama en los bordes de la política, no sólo porque delimita en términos raciales los límites de lo tolerable y lo intolerable en democracia, sino porque consigue orientar el descontento con el sistema político general hacia grupos culturales fragilizados dos veces: la primera, la que los vuelve ilegítimos “entre nosotros” y la segunda, la que los hace culpables de ser víctimas de ese sistema social.

3.2. La negación que afirma el racismo

Uno de los componentes esenciales de la vitalidad y la fuerza del racismo contemporáneo en Argentina son las formas específicas de negación del racismo. Esta negación, que le da forma a la comunidad racista no tiene, sin embargo, la forma argumentativa de una refutación de las doctrinas biológicas ni pretende basarse en una superación afirmativa de viejos saberes que racializaban a las poblaciones y los individuos. Como se ha encargado de demostrar el gran artista Diego Capusotto, aquí esas negaciones pasan sobre todo por el humor y el uso de una extraña geometría de proximidades y simpatías.

Entre los muchos personajes creados por Capusotto se destaca Micky Vainilla¹¹, un cantante pop que juega con ciertas simbologías y gestualidades que lo dejan siempre muy cerca de los símbolos y los gestos del nazismo histórico. Esta proximidad, que él actúa de modo grotesco y evidente para los espectadores, es la que Micky Vainilla se encarga de negar discursivamente, produciendo de ese modo una extraordinaria mimesis de las formas típicas de negación del racismo que existen en Argentina. En general, el efecto humorístico proviene de esa duplicación de la negación, así como de los estereotipos grotescos que postulan de modo paródico la congénita superioridad blanca, que iguala pobreza y mano de obra precarizada con el color de piel de las personas.

En la misma dirección, se puede recordar una famosa placa en la que un canal de noticias consignaba que habían muerto “dos personas y un boliviano”. No es exagerado afirmar que la mayoría rememora ese episodio de la comunicación de masas con simpatía, permitiéndose interpretarlo con la gracia de un humor infinito. El pseudo-razonamiento de este tipo de negación del racismo es muy simple: como podemos tomarnos nuestro propio racismo con humor, como nos sabemos próximos a su pulsión violenta, pues entonces no se trata de un racismo serio o de un racismo “en serio”, como sí sería el racismo de las doctrinas y de los hombres “irracionales”, que permanecen capturados por la creencia en las teorías de la superioridad racial.

3.3. El racismo y la distinción social

Otro rasgo característico de nuestro racismo contemporáneo lo encontramos en lo que nos gustaría llamar “racismo de la distinción”, que se enlaza con la situación paradójica que describimos en el apartado anterior. Esta determinación del racismo se conecta con la experiencia de una cierta desgracia de la conciencia, que se sabe sumergida en la mezcla y la hibridación de los seres y las culturas, pero aún así exige para sí el blasón de su diferencia. A esto nos referíamos cuando situábamos al racismo contemporáneo de Argentina como una articulación de algunas determinaciones del racismo de Bolivia y Francia.

De algún modo, en lo profundo de esta “conciencia desgraciada” se advierte que con el esquematismo de las razas no se va a conseguir ninguna diferencia categorial significativa para el mundo social contemporáneo; sin embargo, esa conciencia pretende extraer de ese esquematismo al menos una distinción sutil –para utilizar la idea de Bourdieu sobre los usos del arte–.

Para avanzar en la comprensión de esta estructura podemos remitirnos a otros fragmentos de los *Focus Groups*. En repetidas ocasiones, cuando la discusión en torno de la identidad de los que pueden participar legítimamente del proceso democrático revelaba posiciones xenófobas que resultaban

¹¹ Para conocer el tipo de humor político al que nos referimos, se puede ver aquí esta representación de Diego Capusotto en la Televisión Pública de Argentina, <https://www.youtube.com/watch?v=tu11XOqYd-I>.

evidentemente racistas para el resto de los participantes, aquellos que las defendían proponían en varias ocasiones la siguiente justificación:

Quando nosotros vamos a Europa nos tratan de la misma manera (discriminación, desconfianza, estigmatización); frente a cualquier duda o dificultad en Europa a los argentinos no nos tratan como a los ciudadanos americanos o europeos; nosotros tenemos que hacer lo mismo acá con los que vienen de los países limítrofes para hacer respetar nuestra forma de vida.¹²

En este discurso se hace evidente la estructura especular y dependiente de este trazo cultural de nuestro racismo que hemos denominado "racismo de la distinción". Por un lado, queda claro que se pretende "ser como los otros", donde esos otros son el prototipo del poder (de alguna manera, en términos imaginarios jugarían el papel de un racismo "original"). Pero esta pretensión, que implica una profunda contradicción, es al mismo tiempo desmentida y desjerarquizada en la práctica de la copia y el simulacro de una diferencia que se sabe imposible. Sin embargo, el resultado no es por eso menos violento. Incluso el resentimiento que surge al querer diferenciarnos de nuestros "otros" sin poder realizarlo como lo haría el "racismo verdadero", suele retroalimentar, en vez de debilitar, la fuerza de la ideología racista. Este tipo de dinámica cultural conduce, entonces, hacia una "autorracialización" de las clases populares, la cual tiene por efecto una cierta tendencia a la organización de aquellas en tanto "cuerpo" cerrado con el fin de reservar posiciones conquistadas (Balibar, 1988c). Este proceso, en la mayoría de los casos, depende de la interiorización de la ideología racista por parte de los dominados.

3.4. El racismo y la construcción de la autonomía individual

Finalmente, quisiéramos apenas delimitar otro rasgo de nuestro racismo contemporáneo, que se asocia a los modos en los que se construye socialmente la autonomía del individuo. En este caso, el racismo opera como matriz de justificación de las nuevas estrategias de implementación de políticas económicas neo-liberales. El argumento es también muy conocido: "como las prácticas redistributivas terminan beneficiando a los extranjeros, como nuestros servicios públicos los usan prioritariamente los que vienen «de afuera», para nosotros, los de «adentro», no existe nada más racional que el ahorro de esos recursos y la eliminación de ese gasto que debe depender siempre del principio que establece que «no hay suficiente para todos»".

En este sentido se puede apreciar la fuerte articulación que existe entre racismo y clasismo. En nuestro relevamiento cuantitativo, el 46,5% de los entrevistados que tenían posiciones compatibles con un racismo intenso son al mismo tiempo muy clasistas –en el sentido de que tienen una disposición muy negativa hacia las clases subalternas y los pobres–. En el otro extremo de esta relación, el 59,8% de los que pueden ser caracterizados como antirracistas son al mismo tiempo anticlasistas. En el Cuadro 3 se pueden observar todos los valores de la articulación que existe entre estos dos fenómenos ideológicos¹³.

Cuadro 3. Índices de racismo y clasismo.

RACISMO / CLASISMO Índice racismo (agrupado)	Índice clasismo (agrupado)				Total
	Muy clasistas	Clasistas	No-clasistas	Anti-clasistas	
Muy racistas	46.5%	20.9%	20.3%	12.2%	100%
Racistas	27.5%	31%	19.1%	22.4%	100%
No-racistas	20.9%	11.8%	30.9%	36.4%	100%
Anti-racistas	10.7%	11.6%	17.9%	59.8%	100%

Fuente: Problemas de la democracia en Argentina (CONICET/ANPCyT), 2013. Área de cobertura: Ciudad de Buenos Aires. Población: mayor de 29 años. Considerando un nivel de confianza de 95% el error de estimación para proporciones a nivel muestral total es de +/-3.7%.

¹² Este fragmento está extraído de un grupo discusión que armamos entre alumnos, que tenían entre 17 y 18 años, de una escuela del Conurbano de Buenos Aires.

¹³ El coeficiente de correlación de Pearson entre ambas variables es significativo con un valor de 0,427.

Esta fuerte asociación entre racismo y clasismo, está asociada a la diseminación en las discursividades sociales de un poderoso arsenal de razones y justificaciones que racializan las intervenciones neoliberales. Revisemos otro testimonio de los *Focus Groups* de nuestra investigación empírica. A partir de un estímulo propuesto por la coordinadora que los incitaba a discutir un enunciado ficticio en el que alguien afirmaba que “para evitar el crecimiento de las villas miseria, el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos”, se dio el siguiente debate:

A: Está bien, es más o menos lo que hizo [Mauricio] Macri en la zona del indoamericano. Después de que están asentados ya no los podés sacar y esos asentamientos son los que generan pobreza, porque estimula que venga gente de afuera que se asienta en un lugar donde después no pueden vivir.

B: Me parece que la manera de erradicar una villa es que la gente tenga la obligación de estudiar, que laburen. Hay que cambiarles la cultura para que no quieran ir a vivir a una villa. Yo no quiero vivir en una villa. Yo no nací ahí y sé que no me gustaría vivir ahí, sé que tuve que estudiar, que tuve que trabajar, pero también me obligaron a estudiar y a trabajar. Eso es lo que hay que cambiar.

C: Pero el problema es que ya está muy arraigada esa cultura, hay gente que ya nace así y cambiarles la forma de pensar y demás es muy difícil.

D: Es que ya nacen con la mentalidad de que el gobierno los tiene que mantener, que tienen que cobrar los planes, que el gobierno los tiene que asistir, nosotros nos criamos con otra mentalidad.

Esta discusión presenta varios elementos dignos de análisis. En primer lugar, aparece una idea muy compleja y eficaz según la cual son los propios pobres “los que generan pobreza”. Compleja, porque la ideología le atribuye la culpa de la pobreza a los sujetos pauperizados y fragilizados socialmente. Eficaz, porque esta ideología clasista logra desviar la atención de la responsabilidad que tiene en la generación de pobreza el diseño de la economía actual y un injusto sistema de redistribución de la riqueza.

En segundo lugar, este tipo de construcción adeversarial de la autonomía individual (“nosotros tenemos la mentalidad de la autonomía, los otros la mentalidad de la dependencia”) introduce un elemento cuasi-biologicista: se nace “villero”, “vago” y “sin educación”. Por eso, y este es el tercer elemento, la educación es concebida como obligación y no como derecho, porque el derecho sólo no alcanza para torcer la naturaleza de la “cultura de la pobreza”. Pero también, y en flagrante contradicción con lo anterior, se postula que ni siquiera la obligación de estudiar y trabajar salvará a esta “raza de pobres”, porque ellos “nacen con la mentalidad” de que el gobierno los tiene que mantener. Paradójicamente, los “dependientes” de las políticas sociales del Estado aparecen como un conjunto de sujetos que, aprovechándose de las prerrogativas que aquel le otorga, pretenden seguir viviendo en la pobreza. Se trata, en definitiva, de un problema de mentalidades que enfrenta a dos clases: los dependientes y los independientes.

4. Conclusiones

A modo de conclusión, quisiéramos señalar dos cuestiones generales sobre el racismo contemporáneo en Argentina que se derivan de los análisis anteriores. En primer lugar, cuando pasamos del estudio de las formas históricas del racismo en la modernidad al análisis de sus estructuras ideológicas actuales, vemos que sigue resultando fundamental poner el foco en los espacios sociales en los que se articulan: las formas dominantes de la división del trabajo, los procesos hegemónicos de constitución de las identidades nacionales y las actualizaciones de las formas culturales sedimentadas de menosprecio y odio racial. Estas actualizaciones de las actitudes de menosprecio y odio hacia un otro racializado nosotros las hemos encontrado “en los bordes de la política argentina”, siguiendo tres lógicas culturales diferentes, que están vinculadas entre sí. Por un lado, vimos cómo el racismo que se practica en el mundo de la vida social, en el sistema económico y en los rituales del aparato administrativo del Estado, aparece “denegado en las representaciones” culturales en las que se forma la auto-comprensión de la sociedad a través de distintas estrategias, entre las que sobresale el recurso al distanciamiento irónico y el humor cínico frente a esta problemática. Por otro lado, el racismo como ideología contemporánea se ha expandido como “estrategia

de distinción" social asociado a un contexto laboral que exacerba la lucha por abajo entre las clases medias, los trabajadores y entre quienes ocupan posiciones más frágiles en términos de su capacidad para integrarse al sistema económico actual. Por último, constatamos en este contexto de luchas, articulaciones y desarticulaciones de solidaridades de clase, la emergencia de un clasismo que es utilizado como "símbolo de independencia" personal. Estos tres trazos culturales, se combinan y potencian entre sí gracias a la lógica de la competencia que ha logrado inscribir en múltiples campos sociales (no sólo en la economía) la globalización neoliberal.

Cuando los mercados completamente desregulados a nivel global inducen en el sistema económico interno de cada país posiciones laborales que no le proveen a los trabajadores instancias de reconocimiento para su desempeño personal y de seguridad económica, se crean las condiciones objetivas para que surjan o se potencien formas de diferenciación social como las que promueve el neo-racismo que hemos analizado. Todas estas formas tienen en común un imperativo subyacente: "no hay suficiente (reconocimiento, tiempo, bienes materiales, oportunidades) para todos". En ese contexto, no es extraño que el neo-racismo pueda transformarse en una estrategia subjetiva de distinción social y en un modo de simbolizar la independencia y la valorización personal, que esos mercados inducen en términos abstractos en la población. En términos ideológicos, esa distinción y esa independencia racializada les proveen a los individuos nuevos recursos (imaginarios o reales) para la competencia en el espacio social, así como principios de identificación que pretenden suplir la falta de garantías de las identidades sociales fragilizadas por el sistema.

El material de investigación que comentamos en el apartado tercero de este trabajo muestra con claridad el modo en el que se da esta asociación entre procesos económicos y lógicas culturales. Los casos más claros donde ha aparecido directamente los discursos racistas remiten tanto a situaciones de competencia en el mercado de trabajo, a ciertas desprotecciones por parte de las agencias del Estado social y al asedio que sufren en sus identidades políticas y culturales quienes imaginan (o saben) que pueden perder posiciones en el campo económico en un contexto de crisis. Lo anterior, por cierto, no supone reducir el racismo contemporáneo a la lógica de los conflictos meramente económicos. De hecho, podríamos desmentir esta afirmación taxativa en términos cuantitativos a partir de nuestro relevamiento empírico. Basta con observar que existe un porcentaje significativo de individuos racistas que no muestran actitudes clasistas, así como muchos individuos clasistas que no son racistas (ver Cuadro 3).

Sin embargo, la correlación entre ambas dimensiones ideológicas es fuerte y muy significativa en términos cualitativos. Por eso, podemos afirmar que las estrategias de distinción social y los símbolos de independencia personal que hemos encontrado dependen, por un lado, de la subsunción objetiva de múltiples campos sociales (que antes se encontraban des-mercantilizados) a la lógica de la competencia neoliberal contemporánea. Por otro lado, vemos que estas distinciones y estos modos de construir la independencia personal, pueden encontrar en el racismo histórico las estructuras subjetivas adecuadas para "resolver" las tensiones culturales que esas situaciones objetivas generan. En esta trama ideológica, lo que vuelve a potenciar la circulación del racismo entre nosotros es su afinidad con las lógicas hipercompetitivas que fragilizan las identidades sociales basadas en principios de igualdad y respeto mutuo a la libertad del otro. Paradójicamente, estas formas de neo-racismo terminan funcionando como síntomas de la crisis y como remedios imaginarios.

La segunda cuestión general que quisiéramos plantear tiene la forma de una pregunta y de un dilema: ¿qué puede suceder con las representaciones, los discursos y las prácticas neo-racistas cuando tienen que enfrentar representaciones, discursos y prácticas políticas que intentan promover formas de integración social que entran en conflicto con la legitimación del principio neoliberal de la competencia absoluta? El objetivo de este trabajo fue justamente intentar desplegar desde diferentes ángulos y niveles de análisis las formas que asume este interrogante en una actualidad compleja. Nos referimos particularmente a los procesos políticos, económicos, sociales y culturales que emergieron en nuestra región en los albores del siglo XXI como crítica y respuesta a la crisis de una serie de gobiernos neoliberales. La pregunta concreta, que esperamos haber respondido en parte, es la siguiente: ¿qué sucede con las prácticas racistas en un contexto en el que el Estado se propone cumplir una función de protección de los individuos más vulnerables y desarrollar un papel redistributivo en términos de acceso a los bienes, el trabajo, la educación y la salud? En nuestro estudio hemos encontrado, en una parte de la población de la Ciudad de Buenos Aires, una contestación y una reacción subjetiva a esas políticas re-equilibradoras. Esto significa que junto con las luchas por legitimar principios de justicia alternativos a los del

neoliberalismo, las luchas políticas produjeron reacciones culturales muy complejas. Según la perspectiva que ahora podemos ensayar, vemos como muchos estudios sociológicos del período que se concentraron exclusivamente en las discusiones políticas y económicas sobre el sentido y el alcance de las transformaciones redistributivas de los “gobiernos pos-neoliberales”, perdieron la capacidad de analizar, junto a esos mismos procesos, otra serie de reacciones culturales como las que hemos analizado aquí. Fundamentalmente se ha perdido de vista la necesidad de estudiar la afinidad entre clasismo y racismo, que puede funcionar perfectamente como marco de justificación de la reintroducción de políticas neoliberales.

Como ya hemos señalado, este trabajo muestra los avances de una investigación en curso. No pretendemos enunciar conclusiones definitivas, sino invitar a pensar a América Latina en general, y Argentina en particular, como un terreno fértil para formular este tipo de interrogantes sobre los dilemas y los obstáculos que enfrenta la política democrática a comienzos del siglo XXI.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (1968): *Para leer el Capital*. México: Siglo XXI.
- Arguedas, A. (1996): *Pueblo enfermo*. La Paz: Librería Editorial América.
- Balibar, E. (1988a): “¿Existe un neorracismo?”, en Balibar, E. y Wallerstein, I. eds.: *Raza, nación y clase*: 31-48. Madrid: Iepala.
- (1988b): “Prefacio”, en Balibar, E. y Wallerstein, I. eds.: *Raza, nación y clase*: 11-30. Madrid: Iepala.
- (1988c): “Racismo y nacionalismo”, en Balibar, E. y Wallerstein, I. eds.: *Raza, nación y clase*: 63-109. Madrid: Iepala.
- Cea D’Ancona, A. (2009), “La compleja detección del racismo y la xenofobia a través de encuesta. Un paso adelante en su medición”, *REIS*, 125: 13-45.
- Fernández Retamar, R. (2005): *Todo Calibán*. Buenos Aires: CLACSO.
- Freud, S. (2010): *Psicología de las masas*. Buenos Aires: Alianza editorial.
- Frigerio, A. (2006): “‘Negros’ y ‘blancos’ en Buenos Aires: repensando nuestras categorías raciales”, *Temas de Patrimonio Cultural*, 16: 77-98.
- (2009): “Luis D’Elia y los negros: identificaciones raciales y de clase en sectores populares”, *Claroscuro*, 8: 13-44.
- Giller, D. (2014): *Consideraciones sobre el racismo en Bolivia. Materiales teóricos para abordar su historia reciente*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Disponible en web: <http://www.centrocultural.coop/descargas/tesis/consideraciones-sobre-el-racismo-en-bolivia-materiales-teoricos-para-abordar-su-historia-reciente.html>
- Grüner, E. (2010): *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ipar, E., Catanzaro, G., y Chávez Molina, E. (2014a): “Dilemas de la democracia (y el capitalismo) en la Argentina: transformaciones sociales y reconfiguraciones ideológicas. Parte 1”, *Realidad Económica*, 285: 33-56.
- (2014b): “Dilemas de la democracia (y el capitalismo) en la Argentina: transformaciones sociales y reconfiguraciones ideológicas. Parte 2”, *Realidad Económica*, 286: 122-136.
- Ipar, E. y Catanzaro, G. comps. (2016): *La subjetividad anti-democrática, elementos para la crítica de las ideologías contemporáneas*. Documentos de Trabajo del Instituto Gino Germani, 76, Buenos Aires.
- Quijano, A. (2005): “Colonialidad del poder, Eurocentrismo y América Latina”, en Lander, E. ed.: *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. 201-245. Caracas: CLACSO.
- Le Bon, G. (1910): *La psychologie politique et la défense sociale*. París: Ernest Flammarion.
- Sartre, J. P. (1999): *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Losada.
- (2004): *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Todorov, T. (2009): *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1988): “Universalismo, racismo y sexismo, tensiones ideológicas del capitalismo”, en Balibar, E. y Wallerstein, I. eds.: *Raza, nación y clase*: 49-61. Madrid: Iepala.
- Zavaleta Mercado, R. (2013): “Lo nacional-popular en Bolivia”, en Zavaleta, R.: *Obra Completa. Tomo II: Ensayos: 1975-1984*: 143-379. La Paz: Plural.

Breve CV de los autores

Ezequiel Eduardo Ipar es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Doctor en Filosofía por la Universidade de São Paulo (USP). Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sus principales líneas de investigación son la teoría crítica y la sociología de la democracia.

Diego Martín Giller es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Magister en Investigación en Ciencias Sociales por la UBA. Becario postdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM. Su principal línea de investigación es la teoría social latinoamericana.